

¿Existen los unicornios?

Carlos Alberto Jiménez H.
Coordinador de la revista juvenil Sui Géneris
Corporación Comunicar

Cuando oímos hablar del idioma, nuestra memoria se remonta a Cervantes, a Shakespeare, al Siglo de Oro español y hasta a García Márquez, protagonistas del idioma no en su estatismo sino en su evolución. Por fortuna el castellano vive porque respira y cambia, porque hay factores que inciden en su transformación: el tiempo, la historia, los movimientos sociales, los desplazamientos masivos y ahora, la trascendencia de los medios de información.

El conocimiento que en la Edad Media era patrimonio de una élite se masificó con la invención de la imprenta de tipos móviles, gestó sentido de identidad de algunos grupos sociales con su terriño y fueron naciendo los estados-naciones con su idioma propio. Producto de la evolución del latín tenemos, pues, el francés, el italiano, el portugués y el castellano entre otros.

En estos tiempos, en los que un territorio es habitado hasta por más de quince millones de personas —léase Ciudad de México, Buenos Aires, Sao Paulo, Nueva York...—, en los que, así no lo queramos, procesos de globalización y de internacionalización ya son un hecho; en estos tiempos reconocidos por la incidencia de los computadores, la informática, el internet y las autopistas de información, es indudable que la evolución del idioma sea una constante. Pretender encerrar el castellano y exhibirlo en un museo para sólo contemplarlo y admirar su supuesta pureza no tiene sentido alguno y mucho menos en las actuales épocas.

Encerrar nuestro idioma es desconocer la movilidad que por naturaleza tienen los grupos humanos; es cerrarle la puerta a los jóvenes que con su *rap*, *heavy metal*, *rock* o la música de moda quieren expresarse; es desconocer la tecnología con toda su nueva terminología. Es negar la lengua de pueblos completos que desde su historia, vivencias y contacto con la naturaleza y semejantes han construido una manera propia de hablar: particulares, campesinas, regionales, pero tanto o más válidas que las fórmulas propuestas por los doctos académicos. Aferrarse a la pureza del idioma es labor de trogloditas y huraños, imposibilitados en compartir diferencias porque su trasegar ha sido la uniformidad.

Permítanos ahora, docentes y estudiantes, disentir un poco de estos referentes meramente lingüísticos y enriquecerlos con unos nuevos en el contexto de la educación y de la comunicación. Démosle a este discurso un giro, de los grados que usted quiera y escudriñemos en la palabra y en las relaciones adultos-jóvenes, pan académico de cada día.

Empecemos por preguntarnos acerca de la etimología de nuestro oficio, el de ser alumnos. En griego significa sin luz, lo que quiere decir que no alumbramos por nosotros mismos sino que necesi-

tamos guía y orientación. Estamos de acuerdo: por momentos la necesitamos ¿Pero no creen, señores adultos, que a veces ustedes también necesiten de nosotros?

Pues bien, cuenten con nosotros

Cuenten con nosotros para dejará de vernos sólo porque hay que rendir cuentas a un Manual de Convivencia. Cuenten con nosotros para dialogar, construir, para enfrentar y resolver los conflictos, para diferenciarlos. Sepan, amigos adultos responsables, que nos molesta su impermeabilidad, el carácter de última palabra que le dan a sus diálogos. Ustedes, adultos experimentados, siguen pensando que es lógico que nos ofrezcan actitudes maduras como conducta modelo. Pues déjenos decirles que no nos parece una actitud madura que a los tres o cuatro años de edad nos embarquen en la difícil empresa de la academia y lo que ella implica: desde madrugar hasta reemplazar el juego y la lúdica por las tareas.

Tampoco nos parece maduro que los apreciados adultos se apropien de la palabra. Tenemos entendido que la palabra es para compartirla y su beneficio ha de ser colectivo. La palabra, ya lo han dicho, es el arma con que contamos la población civil para enfrentarnos a los espíritus armados. La palabra, profesores, es la vía por la que queremos transitar los jóvenes para acercarnos a ustedes y reafirmarles que pueden contar con nosotros. Aunque no lo crean mis queridos mayores, la palabra es un potencial de poesía que, a lo largo de la historia, ustedes han manoseado, tergiversado y también callado.

Pero hagamos la salvedad: cuando nos referimos a adultos es a la mayoría de ellos. Por fortuna hay una minoría que la conforman los unicornios: hablan desde su corazón, desde su serenidad y tienen la certeza del carácter colectivo de la palabra, de su capacidad de conciliación y de su magnanimidad en los momentos cotidianos de la existencia del hombre, porque en los cruciales o coyunturales la respuesta ha sido la espada. La labor nuestra, de adultos y jóvenes con ínfulas de unicornio ha de ser, pues, la defensa de la palabra como lenguaje natural de la cotidianidad. Labor *Sui Géneris*.

Permítanos referirnos ahora a los estudiantes. A ustedes también los invitamos a que el ánimo crítico pase de una a doble vía: cuestionar a los demás es insuficiente. Por eso debemos cuestionarnos a nosotros mismos. Hacemos alharaca y demasiada, cuando exigimos nuestros derechos de jóvenes. ¿Pero acaso conocemos nuestros deberes? Para la apatía que hoy nos caracteriza ¿se nos ha ocurrido proponer alguna otra opción? ¿Cuándo pondremos a marchar esa desbordante creatividad que con frecuencia malprovechamos?

No hay otra opción que tomar píldoras para combatir la inercia. Combatirla con maneras *sui géneris*: con creatividad, con la palabra, con nuestra capacidad de construir torrente de imágenes, fantasías y sueños. Combatir la inercia pensando en nuestras utopías como punto de llegada.

Combatir la inercia y la pasividad con la certeza de que los unicornios existen.

